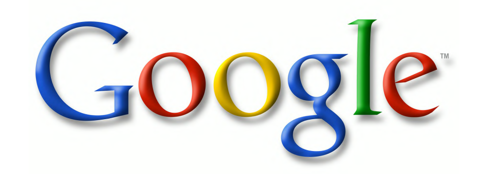




PUBLICACIONES DE LOS «ESTUDIOS MILITARES»

EL PORVENIR

DE LAS

NACIONES IBERO-AMERICANAS

POR

D. LEOPOLDO BARRIOS CARRIÓN

Teniente Coronel de E. M., Jefe de Administración civil de 1.ª clase
y ex-Gobernador civil de provincia.

MADRID
IMPRENTA DEL CUERPO DE ARTILLERÍA
Farmacia, núm. 13

1896

OBRAS DEL MISMO AUTOR

que se venden en la librería de Fernando Fé (Carrera de San Jerónimo, 2)

	Pesetas.
Bosquejo geográfico-militar de la provincia de Puerto-Príncipe	1
Breves apuntes sobre geografía militar de España, comprendiendo sus islas adyacentes y posesiones de Ultramar.—2.ª edición	3
Apuntamientos de un curso de arte de la guerra.—4.ª edición	7'50
Una ojeada geográfico-militar sobre las naciones balkánicas. (Agotada.)	2
Sobre la historia de la guerra de Cuba.—2.ª edición. (Agotada.)	5
Calificación de beligerantes y combatientes en las guerras civiles. (Agotada.)	0'50
Importancia de la historia de las campañas irregulares.	0'40

EN PRENSA.

Indicaciones sobre la guerra de Cuba.

EL PORVENIR

DE LAS

NACIONES IBERO-AMERICANAS

PUBLICACIONES DE LOS «ESTUDIOS MILITARES»

EL PORVENIR

DE LAS

NACIONES IBERO-AMERICANAS

POR

D. LEOPOLDO BARRIOS CARRIÓN

Teniente Coronel de E. M., Jefe de Administración civil de 1.ª clase
y ex-Gobernador civil de provincia.

MADRID
IMPRENTA DEL CUERPO DE ARTILLERÍA
Farmacia, núm. 13

1896

Al Excmo. Sr. Teniente General

D. EMILIO CALLEJA É ISASI

MI RESPETABLE GENERAL: *Ya usted conoce las circunstancias en que hube de dar esta conferencia. Razones de gran fuerza me obligaron, muy á mi pesar, á desarticularla y mutilarla en tales términos, que agregándose á ello la necesidad de resumir en plazo breve, asunto tan vasto y complejo, me permiten afirmar la distinción y renovación contenida en las páginas siguientes, respecto á lo que expuse en la Sociedad Geográfica. Sin embargo, usted cabalmente no podrá encontrar nada nuevo en este pobre folleto, porque en las varias ocasiones en que he tenido el gusto de oir su manera de pensar sobre el asunto, he declarado mi absoluta conformidad con él, y hasta pudiera añadir que me ha inspirado numerosos conceptos adoptados é incluídos en este trabajo.*

Semejante identificación, que transciende, cual no podía menos, á otros problemas de índole análoga, sugirióme la idea de ofrecer á usted público testimonio de mi afectuoso respeto, colocando su nombre al frente de este BOCETO *que no pretende otra categoría. En consecuencia de esa última condición quizás debí dilatar mi propósito hasta otro caso de mayor relieve; ¿pero siéndome co-*

nocida la inferioridad de mis trabajos, no significaba ese aplazamiento una especie de suspensión total? ¿Podré yo mismo calificar con indudable jactancia uno de mis futuros productos, declarándole digno del honor de ser amparado por su nombre de usted....?

Si lo que es susceptible de aquilatar en el valor de estos actos, no es otra cosa que la intención; puedo apresurarme y envanecerme de reiterar á usted la más sincera de su afectísimo subordinado,

LEOPOLDO BARRIOS.

Madrid, Marzo de 1896.

Sr. D. Leopoldo Barrios.

MI QUERIDO AMIGO: *No se contenta usted con darme la satisfacción de que lea un trabajo más, donde se demuestra lo mucho que usted vale, sino que supone deberme inspiraciones que no ha menester quien posee la suficiencia y la aplicación de usted.*

Porque me constan la elevación de sus miras y la sana intención de todos sus actos, me honra más la dedicatoria de su trabajo y se lo agradezco tanto como el testimonio de su afecto, éste muy bien correspondido, ya lo sabe usted, por su muy afectísimo amigo,

Q. B. S. M.
EMILIO CALLEJA.

20 Marzo 1896.

EL PORVENIR DE LAS NACIONES IBERO-AMERICANAS

EXCMO. SR.:

SEÑORES: No es alarde de pseudo modestia mi actitud temerosa y encogida ante vosotros. De una parte la calidad del auditorio y de otra la índole respetable del local bastarían, puesto que otros motivos no existiesen, para engendrar la convicción de mi deficiencia, y asímismo el natural desasosiego con la subsecuente desconfianza. Sin embargo, contando con vuestro acogimiento indulgente, heme arriesgado á ocupar este sitio bajo el impulso de diversas razones, que no habré de expresar al pormenor, con la mira de evitaros cansancio y enojo.

Sólo declararé, y conocida mi insignificancia pudiera en rigor excusarlo, que por mi libre voluntad arrostro el presente riesgo, sin que esto alcance á significar que me faltasen amigos cariñosos que, al través de los maravillosos cristales del afecto, me prodigaran sus estímulos y alientos en las distintas ocasiones que

«las muchas leguas de la gran jornada
se me representaron, que pudieran
torcer la voluntad aficionada» (1)

Voy, por tanto, á añadir algunas explicaciones que, al par que den á conocer el origen de mi tema, razonen hasta cierto punto el deber moral que me ordenaba, según yo creía presentároslo exclusivamente aquí.

---

(1) Cervantes, *Viaje al Parnaso*, capítulo I.

Uno de nuestros consocios, al cual me está permitido llamar compañero en reiterado concepto, y sólo me considero autorizado para añadir que usa el pseudónimo de Espartaco, presentó al Congreso Geográfico Hispano-Portugués-Americano de 1892 una Memoria muy notable, preñada de ideas hermosas y conceptos levantados, repleta de razones é inspirada en móviles tan políticos como simpáticos, tan serios como útiles, tan lógicos y bien inducidos, como halagüeños y concluyentes. Pues bien, esa Memoria, que nunca me canso de alabar, terminaba á modo de cúspide ó condensación en esta frase:

«*El siglo* XX *será el de la civilización del África, á esa colosal obra del progreso humano está destinada la intrépida raza hispano-americana*» (1).

El ámplio concepto de la raza y de su *porvenir* diéronme la primitiva idea del tema que pretendo desarrollar, sólo que ni entonces ni ahora llegué á concretar, tratándose del susodicho «porvenir de la raza» la misión que arriba se expresa, ni otra alguna, no pasando de vislumbrar confusamente las múltiples páginas que el futuro reserva á esa agrupación étnica, y asímismo los tesoros de energía potencial, que en ella se adivinan y que, transformándose sucesivamente en energías sensibles, desempeñarán el papel de fuerzas actuantes, encargadas de bosquejar un panorama esplendoroso.

Poco tiempo después otro compañero, no menos notable, envióme (pues en aquel entonces no me encontraba yo en la Península) la conferencia titulada *Fechas prehistóricas y porvenir de las razas* (2), de la cual tomaré más de una mención en el curso de este trabajo, limitándome ahora á reseñar la coincidencia de su llegada á mis manos, cabalmente cuando más y más enamorado del libro de Gumplowicz *Lucha de razas*, leíalo por enésima vez (3).

Bastaba con eso y con algo más que omito, para hacer surgir

(1) Memoria presentada al Congreso Geográfico por el Capitán de Ingenieros D. Eusebio Jiménez Lluesma.

(2) De D. Rafael Álvarez Sereix.

(3) *Lucha de razas*, por Luis Gumplowicz, traducción de la *España Moderna*.

el proyecto ó propósito, y en breve la gestación y desarrollo de mi tema, que *burla burlando* llevaba trazas de convertirse en libro. Recuerdo ahora por cierto, una afirmación del Sr. Sales y Ferré (1), y es la siguiente: «que todo esfuerzo hecho por la ciencia, si en cualquier parte es obra meritoria, es en España un acto de heroismo»; no sintiéndome acaso con grandes vocaciones de héroe, fuí remitiendo á nuevos plazos la tarea proyectada, apoyando mis dilaciones en los sucesivos episodios ajenos al asunto, pero harto interesantes para mí. Como quiera que sea, los aplazamientos se prolongaron hasta el punto y hora de surgir la posibilidad é indicación de esta conferencia.

Paréceme, pues, que no es dudosa la noción de agradecimiento y consecuencia, en virtud de la cual rindo ante vosotros, que me lo inspirásteis, el modesto tributo de este trabajo, encomendándome á vuestra indulgente adivinación, que sabrá suplir todos aquellos perfiles y sombras, involuntariamente descuidados por mis trazas medianas, y por la enorme dificultad de encerrar dentro de la torturadora estrechez de una conferencia, un asunto tan vasto como complejo y tan interesante como delicado.

I.

Al hablar del *porvenir de las naciones ibero-americanas,* claro es que no pretendo desenvolver el proceso histórico de cada una ó de varias de ellas. En lugar de eso hemos de abarcar los conjuntos étnicos tal y como lo hace, verbi gracia, el Sr. Alvarez Sereix en su trabajo aludido hace poco, no perdiendo de vista las perennes transformaciones que sufren, ya en la obligada adaptación al medio, ya en el cruzamiento con otros, ya en sus propias luchas, siendo vencedores ó vencidos. Iniciado de tal modo el problema, fácilmente se vislumbran por lo pronto las deducciones que sienta aquel trabajo, sirviéndonos hoy de

(1) *Tratado de Sociología,* por D. Manuel Sales y Ferré, Segunda Parte, tomo I, página 9.—Madrid, 1894.

punto de partida. Dice, en efecto, el Sr. Sereix que la raza *primitiva americana* va extinguiéndose de día en día; la *negra* sólo tiene representación en los países ecuatoriales, y aun así puede conjeturarse que en América tiende á ser reemplazada y absorbida por la *mulata*, la cual, de sub-raza, pasará á convertirse en verdadera raza caracterizada, y por último tenemos la descendencia del grupo caucásico-europeo que ha constituído la casi totalidad de la población americana contemporánea y sobre ella debemos fijar especialmente nuestra atención.

Ya que hemos tomado como punto de partida la designación de los tipos étnicos mencionados, conviene, antes de proseguir, entar la posibilidad de nuestra tarea, ó en otros términos, la probable videncia del porvenir histórico, correspondiente al desenvolvimiento de un grupo étnico préviamente conocido y determidado.

De las tres maneras de concebir la historia, que dice Gumplowicz puede escogitarse una cualquiera, ó puede, según lo que á mí se me alcanza, inferirse una especie de eclecticismo, mediante el cual, y á su debido turno, en alícuotas proporciones, resultan justificados los tres conceptos. Siempre deduciremos que el exámen filosófico de la historia podrá condensarse en la frase de Leibnitz: «*El presente producto del pasado engendra á su vez lo futuro*», ó de otro modo, y según dice nuestro Diego Gracian: «..... que la experiencia es maestra de las cosas, que enseña á los hombres cómo se deben regir y gobernar por la memoria del pasado». «Más experiencia no se entiende, la que cada hombre adquiere por sí en su vida, que al fin es caduca y breve.....» (1).

No puede dudarse así que los grandes ciclos de la historia, debidamente analizados, forman los términos de una série, en la cual es factible interpolar, presuponer ó adelantar algún ó algunos términos con tantas más probabilidades de acierto cuanto menos se descienda á pormenores concretos.

La repoblación blanca americana arranca principalmente de un doble génesis. El *tronco ibero*, ó sea procedente de las dos

(1) Prólogo de la traducción de Thucidides.

naciones de nuestra Península, España y Portugal, y el *tronco anglo-sajón,* ó sea procedente de las colonias puritanas de Inglaterra. El planteamiento, desarrollo, incremento y restantes circunstanciales de cada grupo, ha producido la respectiva modalidad étnica que diferenciaremos ligeramente para barruntar en ellas los datos y elementos de la futura ecuación histórica.

II.

El grupo anglo-sajón, ya sabemos que entendió ó ha entendido la colonización de muy distinta manera que los españoles y portugueses. Pudiera decirse que aquéllos, los ingleses, proceden con los aborígenes, verificando una especie de *eliminación por substitución;* y así, en los territorios que han ocupado, se observa ese efecto no interrumpido de disminución y supresión de la raza indígena, la cual va siendo reemplazada de una manera absoluta, por la raza colonizadora. Obsérvese, que no pretendo controvertir, ni aun siquiera poner en tela de juicio, las respectivas propiedades de los dos procedimientos colonizadores. Me limito á hacer constar sus procesos cuyas influencias y resultados hemos de observar primero en el orden antropológico y luego en el psicológico.

Con respecto al primero parecía natural que el grupo anglo-sajón, conservándose apartado de la mezcla con los aborígenes é incrementándose únicamente por la corriente emigratoria de países similares, Francia, Inglaterra, Alemania, Dinamarca, etcétera, etc., podría haber mantenido con toda su pureza los caractéres distintivos fisiológicos de la raza caucásica. Empero no ha sucedido así; la influencia geográfica y climatológica es tanta y tan determinante que los descendientes de los europeos en la segunda ó tercera generación y, aun persistiendo en el susodicho apartamiento, ofrecen huellas del influjo local y de la necesaria adaptación al medio, traducidas en aspectos, no ya antropológicos, sino hasta fisionómicos que los asemejan ó retrotraen á los aborígenes americanos.

No me faltan multitud de citas autorizadas, pero ¡á qué molestaros si habeis oído eso mismo y expresado con toda claridad en la última conferencia del Sr. Concás!

En las colectividades nacionales procedentes del tronco ibero se observa con igual ó mayor claridad ese efecto antropológico, pero en ellas no debe apenas causar sorpresa, por la mente inspiradora de nuestra generosa política colonial, que tendía á la fusión ó mezcla de la raza conquistadora con la conquistada y la compenetración respectiva de una en otra.

Pasemos al orden psíquico. Dicho se está que las propias influencias locales déjanse sentir en las modificaciones de este orden, pero su acción es más lenta, menos profunda y determinante en términos que los relieves originarios son más permanentes y su transmisión consérvase poco menos que intacta. Supuesta esa premisa común á los dos casos ó tipos que examinamos podemos continuar.

No tanto para comprobar un hecho reconocido de antemano, sino para obtener la consagración del favorable aspecto moral que han merecido nuestros antiguos propósitos colonizadores á los autores extranjeros que han sabido hacernos justicia, debería citar algunas opiniones de Roscher, Young, Macaulay, etcétera, aducidos algunos muy oportunamente por el Sr. Perojo (1) en su conferencia de la Exposición de Amsterdam en 10 de Septiembre de 1883; empero considero preferible y menos cansado para vosotros limitarme á recordaros una frase del Patriarca de los economistas franceses Mr. Leroy-Beaulieu.

Léese en su obra *De la Colonisation chez les peuples modernes:* «Lo que ocupaba el primer lugar en la colonización española, la conversión y tutela de los indios, no es más que accesorio en la colonización inglesa» (2).

Manteniéndose, pues, el grupo anglo-sajón sistemáticamente separado de la población indígena, han debido recurrir, para el aumento de población como hace poco observamos, á las co·

(1) Conferencia dada en la Exposición de Amsterdam en Septiembre de 1883, por el Sr. D. José del Perojo.

(2) 3me edición francesa, página 111.

rrientes emigratorias, favoreciéndolas en todo lo posible. Por desgracia no suele abundar entre los emigrantes el tipo normal, bien equilibrado que halla en su patria fácil y modesto acomodo; sino por el contrario, los indivíduos que por deficiencia de sentido moral, por escasez de elementos intelectuales, ó por demostrar gran desequilibrio entre sus facultades, sus conocimientos ó su trabajo, y las pretensiones que abrigan, buscan nuevos teatros que les brinden facilidades relativas en el *strugle for life*. Ya se comprende que de tal suerte los factores de modificación emigrante no serían los más apetecibles.

La tendencia de fusión generosa, que resplandece en la fundación de las colonias iberas, ha debido arrojar, por el contrario, un resultado muy distinto y lisonjero. De buen grado os recordara los párrafos de la obra de Gumplowicz, que examinan el fenómeno de la compenetración de la raza invasora ó conquistadora con la dominada ó conquistada, la cual reacciona á su vez sobre la primera, transmitiéndole sus cualidades más salientes, ó las que pudiéramos decir que formaron su individualismo plástico-moral. No creo necesitarlo, empero, y menos aún debo esforzarme en patentizar que la amalgama con una totalidad ó conjunto étnico se halla exenta del peligro que notamos en la corriente de emigración. De otro modo, y dicho en términos vulgares: el aumento de población emigratoria, no puede menos de acarrear un contingente desmesurado de los elementos individuales imperfectos, estorbos y barreduras, cuya acumulación excesiva no hay que temer cuando la fusión se realiza con la totalidad del pueblo indígena.

Aún podremos comprobar esos mismos resultados en varias demostraciones y detalles; pero nos basta, á mi entender, consignarlo en conjunto por ahora.

III.

Apartemos nuestra vista del aspecto antropológico y psicológico y examinemos ligeramente el desenvolvimiento político. No pretendo aquilatar la ley histórica de las colonias, la cua[1]

entre paréntesis podría enunciarse como lo hace el Sr. Gener (D. Pompeyo) (1) en su estudio *La Nación*.

«.....El deber de la Metrópoli es el del padre con el hijo: procurarle los medios de desarrollo y separarse amigablemente de él en cuanto tenga ya medios de subsistencia propia.»

Me guardaré muy mucho de acatarla, ni combatirla; pero dejando á un lado las razones filosóficas de la separación ó retención de las colonias con respecto á la Metrópoli, lo que sí puede afirmarse como hecho experimental, es que aquéllas muy pronto empiezan á mostrar anhelos de desprenderse de la última, y lo que es peor, se esfuerzan en realizarlo por todos los medios posibles con una intensidad y eficacia que se halla *en razón directa de la distancia que las separa de la Metrópoli, y en razón inversa de la importancia de la susodicha Metrópoli*. Sentada, pues, la reiteración incuestionable del acontecimiento como fatalidad histórica, poco nos importa, á mi ver, su justificación ó injustificación teórica.

El fenómeno debe considerarse desde el punto de vista de su existencia fatal y obligada, interesándonos examinar, en cambio, si dentro de ese determinismo pueden considerarse en cada caso más ó menos adecuadas las circunstancias que lo precipitan y las condiciones en que se cumple.

Después del descubrimiento y repoblación de América, el primer ejemplo de entidad nacional, constituída sobre colonias secesionarias de la Madre Patria, fué el de los Estados Unidos. No debo recordaros las contingencias históricas de su fundación, harto sabidas por todos, y mucho menos su idiosincrasia política actual, cuando aún resuena en vuestros oídos la elocuente conferencia del Sr. Concás, y así, presuponiendo conocidos todos esos datos é imaginándonos transportados á las coordenadas histórico-políticas y aún sociológicas de la época en que tuvo lugar el suceso; considerando la importancia de la Metrópoli inglesa, entonces mucho menor que la actual, las condiciones de energía y vigor que en aquellos tiempos supo reunir ese gru colonial, quizás más fuerte en absoluto, y desde luego más

(1) *Heregías*, por D. Pompeyo Gener, página 32.



lativamente que hoy; y, por último, los primordiales gérmenes del singenismo manifestado con tanta discreción y oportunidad, que surtió, como efecto inmediatamente utilizable, la concentración de todas las fuerzas disponibles en los diversos grupos ó entidades coloniales, sin que ninguna de esas entidades perdiese un ápice de sus facultades autónomas; recapitulando, digámoslo una vez más, todas esas condicionales, no resulta imputable de censura el acaecimiento en lo que concierne á su oportunidad y sazón. Y esta convicción se afirma tanto más si se observan los resultados conseguidos en el funcionamiento colectivo-nacional, comparándolos con otros análogos y de origen posterior.

Busquemos ese contraste. Las colonizaciones inglesas, mediante una serie de concausas, entre las cuales no les corresponde porción pequeña á la disposición geográfica, desarrollaron, según acabo de decir, el proceso singenético, no sólo en el período de lucha por la independencia, sino después en la manera de constituir la conglomeración nacional, con respecto al movimiento é intereses de los restantes grupos políticos de América y Europa. Por el contrario, las colonizaciones políticas españolas dan muestra fundamental de lo prematuro de su movimiento, diversificando sus cristalizaciones políticas, hasta el extremo de originar desde Estados tan homogéneos y en condiciones verdaderamente unitarias como Méjico (por más que otra cosa quiera dar á entender su organización meramente artificial), hasta naciones liliputienses, como Costa Rica y San Salvador, especie de Repúblicas en miniatura, víctimas frecuentemente de la audacia de un tiranuelo. Y en otros diferentes aspectos no ofrecen menos variedades, pues se observan, por ejemplo, predominios latinos en Perú y Bolivia, mientras alardean de aficiones inglesas en Chile.

Según las noticias del Sr. Torrente (1), he reunido el adjunto cuadro geográfico-político de nuestras posesiones del continente de América al estallar la guerra de su independencia, y de las naciones que se constituyeron.

(1) *Historia de la Revolución Hispano-Americana*, por D. Mariano Torrente, Madrid, 1829.—Discurso preliminar.

DIVISIONES ESPAÑOLAS.	Habitantes.	Presupuestos.	Superabit.	Nuevos Estados.	Habitantes.
Virreinato de Méjico incluso las Capitanías generales de Guadalajara y Yucatán....	8 millones.	14'5 millones.	6 millones.	República Mexicana.....	12 millones.
Capitanía General de Guatemala.........	2 —	800.000	50.000	República de Guatemala.	1'5 —
				Idem de San Salvador...	700.000
				Idem de Honduras......	350.000
				Idem de Nicaragua......	300 000
				Idem de Costa-Rica.....	250.000
Virreinato de Nueva Granada...........	2'5 —	1'5 millones.	0'5 millones.	República de Colombia..	3 millones.
				Idem del Ecuador.......	1 —
Capitanía General de Venezuela.........	0'5 —	1'5 —	0'5 —	República de Venezuela..	2 —
Virreinato del Perú	1 —	5'5 —	1 —	República del Perú......	3 —
Capitanía General de Chile.............	1 —	0'5 —	50.000	República de Chile......	3 —
Virreinato de Buenos Aires.............	3 —	4 —	800.000	República Argentina ó Río de la Plata..........	4 —
				Idem de Bolivia........	1'5 —
				Idem de Paraguay.	300.000
				Idem de Uruguay.......	700.000

Aunque he querido prescindir de los diferentes datos referentes á los Estados Unidos, que se encuentran en multitud de partes, no dejaré de notar que su población ascendía en 1890 á cerca de 63.000.000 de habitantes. Su constitución política de 1787 se ha mantenido hasta el presente, y en cuanto á las demás naciones americanas, no siendo posible especificar brevemente sus constantes cambios, he creído preferible formar el adjunto cuadro de las Constituciones políticas vigentes en los Estados americanos, con indicación de las fechas de modificaciones esenciales (1).

Bolivia	1879-80
Brasil	1891
Chile	1833-71-73-74
Colombia	1886
Costa-Rica	1871-82-86-88
Ecuador	1830-84
Guatemala	1879 85
Honduras	1880
Méjico	1857-73-74-78-82 83-84-86-87-90
Nicaragua	1858
Paraguay	1870
Perú	1860-79
Argentina	1862-66
Salvador	1864-86-88
Uruguay	1829
Venezuela	1893

Los comentarios á que se prestan esos datos, son demasiado elocuentes para que necesite decir una palabra sobre ellos, aunque ahora, lo mismo que en el cuadro anterior, me esté prohibido emprenderlos porque á poco que me detuviese crecerían las dimensiones de esta conferencia cuyo término, tal vez, desearéis, y, por mi parte, os aseguro que yo también lo deseo. No dejaré, sin embargo, de llamar vuestra atención sobre la circunstancia de que ninguna de las Repúblicas Americanas conserva el códi-

(1) Estos datos pertenecen á la obra del Sr. Posada, *Guia del Derecho Constitucional*, Madrid, 1895, páginas 122 á 128.

go fundamental con el cual se constituyó. Y menos mal, si ese cambio respondiera á la índole provisional de la constitución primitiva, requiriéndose su reemplazo por otra que fuese llevada á cumplido término, con todo sosiego y discreción, ó por lo menos, si el cambio obedeciese á la modificación histórico-política que impone la ecuación del tiempo; más el plazo transcurrido desde la emancipación, no es lo suficientemente considerable para justificar esa disculpa, ni puede tampoco esgrimirse la anterior, cuando se repara que las renovaciones siempre han sido varias y alcanzan en alguna hasta la décimasexta tentativa. Con eso y con todo, lo más sensible, lo más lamentable, es que las variaciones han costado graves y sangrientas revueltas, manteniendo en perpétuo estado de agitación todos los elementos del país, desencadenando las pasiones, originando frecuentes dictaduras y abusos de fuerza, velando la imagen de la ley, y en suma, quebrantando todos los recursos materiales y morales de la nación, ó lo que es peor, esterilizando el desarrollo de cuantos factores se encuentran anulados por la guerra permanente, de manera que resultan al cabo inútiles para la prosperidad pública.

No debo, ni puedo, ni quiero extenderme en ninguna clase de razonamientos; pero la realización prematura de la independencia colonial continental hispano-americana, no solamente ha resultado comprobada *á posteriori* mediante la incapacidad política manifestada por todas esas naciones, sino que puedo citar numerosas opiniones, contestes todas ellas en que nuestros estados americanos en 1808 no pretendían ni aspiraban á su emancipación. Nótanse autoridades tan divergentes como don José Antonio Saco (1), el historiador Torrente, el Conde de Toreno y D. Jacobo de la Pezuela (2), y á poco que me esforzase no dejaría de poder citar algunos autores extranjeros.

La agitada y tempestuosa marcha de las Repúblicas Sud-

(1) *Colección póstuma de papeles científicos, históricos y políticos sobre la Isla de Cuba*, 1881, páginas 36, 37, 216 y otras.

(2) La obra de Torrente ya ha sido citada. La de Toreno es bien conocida. La de D. Jacobo de la Pezuela es la *Historia de la Isla de Cuba*.

Americanas no necesita tampoco más comprobaciones, y aunque yo no deduzco de ello sombrías presunciones para lo futuro, sino muy al contrario, el hecho innegable por lo que atañe á los tiempos presentes, es que así han patentizado su inexperiencia y falta de viabilidad política, confirmando lo impremeditado de su emancipación. Al propio tiempo, como han podido notarse los efectos opuestos en la agrupación de las colonias inglesas, independientizadas á fines del siglo pasado, se concluye que, no rindiendo culto á un platonismo ultra-romántico, sino tomando en cuenta las condiciones positivas de la realización histórica, hallamos una verdadera antítesis entre el acierto, constitutivo-político del subgrupo del Norte de América (Estados Unidos), y el apresuramiento inoportuno de las restantes naciones de origen hispano.

IV.

No creo que pueda tachárseme de parcial ó apasionado. En todas las consideraciones precedentes, he procurado ensalzar aquéllo qne era digno de loa, y sin detenerme tampoco en la censura, preterir todo cuanto aparecía en condiciones desfavorables de comparación.

En el sucesivo desarrollo que presentan los dos grupos étnicos repobladores de la América (uno el inglés y otro el ibero), he procurado apresurar el recorrido, de modo que ahora nos encontramos llegado el momento de examinar en ambos la fisonomía del presente momento histórico.

En el primero, esto es en el tronco inglés, no hemos de atender más que á una sola agrupación nacional siquier sea un tanto informe: los Estados-Unidos. En el otro, aunque las formas nacionales son múltiples, no será difícil reducirlas á un denominador común.

De pasada solamente, y por no dejar incompleto ese punto, recordemos lo que se observa en cuanto á los resultados antropológicos, ó mejor diríamos morfológicos, quedándonos para después las manifestaciones psíquicas y morales por ende.



En lo que atañe á los elementos materiales y al desarrollo de toda fuente de actividad y riqueza, los Estados-Unidos han aprovechado el siglo que cuentan de existencia para realizar toda clase de progresos, rayando algunos en lo maravilloso, principalmente en cuanto se relaciona con la industria y sus diversas aplicaciones. Por dicha para mí, está reciente, y aún vibra en vuestros oídos, la conferencia del Sr. Concás: Sus descripciones amenas, sus consideraciones oportunísimas, el gracejo con que supo fijar los rasgos característicos, ó más propiamente diríamos, la silueta Norte-Americana, me permiten suprimir la reseña que hubiera consagrado á este punto y vosotros ganais considerablemente en el cambio. Voy, no obstante, á sentar por mi cuenta la impresión de conjunto que me produjera esa pintura, confirmando una vez más mi anterior concepto, y debo hacerlo, no por un vano alarde de reiteraros malamente lo que os dijo nuestro compañero con galanura y elocuencia, sino porque constituyendo las tales concepciones el primer miembro de mi comparación, resúltame imprescindible fijar por mí mismo la correspondiente silueta.

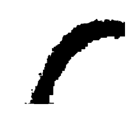
La brillante República de la Unión, á pesar de su esplendor y riqueza, á despecho de su admirable panorama fabril é industrial, á vuelta de su vertiginoso desarrollo y de su incesante progreso, carece en absoluto de factores espirituales. No hay familia, y por lo tanto ni se concibe, ni se siente, ni se piensa en la dulce poesía de la intimidad doméstica que bellamente nos pintaba el Sr. Concás, agrupando todos los miembros de aquella en derredor de la poética figura de la mujer cristiana, esposa y madre, capaz de llegar al heroismo en ambos papeles. Como consecuencia de eso, substituído el firme alcázar del hogar, que alienta los corazones, vivifica las conciencias y engendra la mutualidad y compenetración de todos, por una especie de castillo de naipes, cuya efímera consistencia está á merced del más leve soplo de viento, el sentido moral desaparece, y desapareciendo el sentido moral, claro es que no puede encontrarse la *moral privada*. Mucho menos indagareis la existencia de la *moral pública*, porque me atrevería á demostraros, lo que pensando mejor he debido considerar ocioso, pues no dejareis de



compartir mi creencia, con arreglo á la cual podrá ofrecerse el caso de un país, una nacionalidad cualquiera, donde exista severa *moral privada* y gran laxitud en el prestigio y conservación de la *moralidad pública* (como sucede, verbi-gracia, en España); podrá ocurrir el supuesto de encontrarse un tanto relajada (nunca perdida en absoluto) la susodicha *moral privada,* elevándose á un grado considerable, el culto por la *moral pública* (tal y como estamos viendo que acontece en Francia); ..... pero lo que es completamente imposible, lo que no puede ser concebido, lo que niego en absoluto, es que *muerto el sentido moral* alcancen ningún aliento de vida esas fuerzas sociológicas que se denominan *moral privada* y *moral pública.* Y ahora, señores, una agrupación social, que carece de esos factores, que tiene como único móvil el interés más burdo y descarnado, que no profesa otro culto que el dios «Dollar», á pesar de sus aparatosas exhibiciones religiosas..... ¿necesitaré anunciaros cuán tenebrosas lontananzas deja adivinar? Stuart Mill lo ha dicho: «El valor de un Estado no es otra cosa que el valor de los individuos que lo componen», y no quisiera añadir una palabra más si no fuese porque deseo rechazar el apoyo de un individualista exagerado, ya que afortunadamente no tiene el individualismo muchos secuaces entre nosotros. Admitamos, siquier sea en hipótesis, que para el exacto conocimiento del conjunto carece de insignificación la deficiencia de los componentes individuales. No podrá negárseme, á pesar de todo, que los Estados-Unidos, atendida su constitución molecular administrativa, sólo presentan hoy por hoy un tipo de equilibrio instable dentro de la estática política.

Pues bien, señores, oidlo con atención, porque no soy yo quien lo dice, es un sabio, el P. Didón: «Ninguna vida nacional es posible si no se apoya en un gran ideal que cumplir» (1). ¿Sabeis por qué? Porque es preciso darle ese alimento al *patriotismo* que, según la expresión de ese mismo autor ilustre, es algo más que una pasión, es el alma de un pueblo. No temo equivocarme así, al deciros que los Estados-Unidos no tienen alma ni

(1) *Les Allemands*, páginas 277 y 286.



pueden tener patriotismo, ni aun siquiera les está permitido alegar suficientes argumentos para ser considerados como *nación*. Creo por tanto, más que posible, sumamente probable, el advenimiento de un día no lejano, en el cual los yankees repitan aquel célebre verso de Núñez de Arce, afirmando no tienen

«ni esperanza, ni fé, ni Patria apenas» (1).

V.

Triste y elocuente había de resultar la pintura del actualismo material y político de las naciones hispano-americanas. Sus guerras constantes, de las cuales puede repetirse lo propio que decía Mellen Chamberlain (2); sus deficientes modalidades políticas, que dan lugar al empeño y desarrollo de toda clase de contiendas meramente personales; su ilustración general, bastante atrasada en su nivel medio, cosa que no puede compensarse con el adelanto sobresaliente de alguna personalidad excepcional; la escasez de población, que obliga á admitir y aun reclamar los elementos emigrantes, sin poner reparo á su linaje múltiple, y no siempre convenible desde el punto de vista político y social; y por último, los recelos constantes y demasiado exagerados, que demuestran en todos sus episodios así interiores como exteriores, recabando en el primer caso su teórica libertad política, y en el segundo su independencia autónoma; constituyen lamentable caracterización en la cual predomina un individualismo nacional llevado hasta la hipérbole y antitético casi, del singenismo necesario en el grupo ibero, si ha de equilibrar, el que vimos existía entre los anglo-sajones. Por el contrario, nótase de tal modo la ausencia de ese sentimiento de conservación, que las unidades nacionales formadas á raíz de la separación de la Metrópoli, en vez de mantenerse incólumes, ya que no ten-

(1) Elegía á la muerte de Ríos Rosas.

(2) .....que no debía olvidarse que las guerras de emancipación americanas fueron en rigor guerras civiles.....

der á la confederación sucesiva y proporcionada, dividiéronse y subdividiéronse en entidades políticas más y más pequeñas y mejor diría diminutas.

Los elementos descriptivos del cuadro que había de arrojarnos la impresión general susodicha, están en la conciencia de todos, y en la retina de muchos, de tal modo, que en obsequio á la brevedad, puedo omitir la tarea meramente descriptiva, pasando á la deductiva que tanto nos interesa.

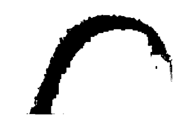
Bien sea que obtuviéramos una colección de bocetos correspondientes á las distintas naciones, bien fuera que en un cuadro general tratase de incluir todo el aspecto de conjunto, que pueden ofrecernos los estados principales correspondientes al tronco ibero, siempre veremos destacarse dos graves inconvenientes: á saber, la situación de guerra continuada en que se encuentran, y la falta absoluta de unión, no solo entre los estados, sino entre las comarcas, entre las localidades, entre las corporaciones y asociaciones, entre los grupos, y entre los mismos individuos.

Tal y como los he indicado, esos dos relevantes inconvenientes resultan al cabo y á la postre refundidos en uno; pues es claro, que la falta de unión seguida de antagonismo, produce el rompimiento, y entre ciertas aglomeraciones da lugar á la contienda armada ó sea la guerra. Abogar por la paz, viene á ser en último resultado, abogar por la harmonía y por la unión, y recíprocamente, preconizar la unión necesaria, la harmonía reinando entre los diversos elementos, vale tanto como proscribir la guerra cuya negación é imposibilidad resulta patente.

Hablemos, pues, de la guerra, ya que de un modo ó de otro se nos aparece en primer término y merece todos los honores de nuestra discusión y razonamiento.

En cualquier problema en que tuviera que examinar el fenómeno comenzaría seguramente por estatuir la diversificación de concepto entre la *guerra civil* y la *internacional;* pero aquí, y desde el punto de vista filosófico, resulta ociosa semejante distinción. La guerra, según la define nuestro Villamartín (1) *es*

(1) *Nociones de arte militar*, edición de 1862, pág. 8, capítulo primero.



el choque material de las fuerzas destructoras de que disponen dos poderes sociales, que se hallan en oposición de intereses. Así, pues, no añade nueva significación la circunstancia de que esos *dos poderes* representen dos fracciones, ó dos entidades nacionales, máxime cuando la delimitación de esas últimas, muy lejos de hallarse clara y distintamente marcada, atraviesa un período embrionario y correspondiente á su historia reciente y á su falta de tradicciones.

Sobre los desastrosos efectos de la guerra muy poco podría añadir á las variadas citas que fácilmente se encuentran desde Alfonso X hasta Adam Smith, omitiendo exageraciones de los filántropos y soñadores.

No obstante, en la apreciación de un fenómeno social hay que evitar cuidadosamente el apasionamiento y la preocupación, contrastando y depurando con calma las opiniones más antagónicas y controvertidas.

No por separarnos de aquellas exageraciones lacrimosas corramos el peligro de acogernos al otro extremo, representado quizás por la frase atribuída, con ó sin exactitud al general Conde de Molke: «La guerra es la fuente de todas las virtudes y la paz universal es sólo un mito.» Sin glorificar ciegamente ese concepto, no hay que negar tampoco que la guerra, á vuelta de sus tremendos males, de sus desastrosas consecuencias, de sus sangrientos rastros, ocasiona el ejercicio de múltiples virtudes engendradas por la misma índole perturbadora del fenómeno.

Un célebre y antiguo autor castellano, Cervantes de Salazar, en el *Diálogo de la dignidad del hombre,* dice: «.....Con la gue»rra, los hombres deprenden á menospreciar la vida y sus delei»tes, cuyo deseo los acobarda mucho y los hace emprender cosas »en que viven deshonrados. También se deprende de ella á te»ner en poco la fortuna próspera y la adversa, porque el que »hoy captiva al otro, mañana es captivo él mismo. Enseña á los »hombres á ser agradecidos y á estimar las cosas en lo que son. »*El que la guerra quitara de entre los hombres, quitara la cau»sa de muchas virtudes, porque ella hace á los hombres amigos »del trabajo, para el cual nacieron, y emplearse de tal manera*

»*en hazañas ilustres, que sean ejemplo de emulación á otros y* »*gloria á sí mismos.*»

Otro autor moderno, Burnet-Tylor, en su trabajo *La Sociedad primitiva* (1), escribe: «La guerra ha sido siempre admirable »escuela de virtudes viriles de firmeza y de valor..... ha trans»formado débiles y desunidos clanes en naciones fuertes, y ha »contribuído á la organización de gobiernos regulares. *Ahora* »*bien, esta eficacia la ha conservado.*»

No quiero multiplicar las citas, harto abundantes, para representar esos mismos conceptos ú otros análogos. Siempre vendremos á parar en la deducción, de que los males producidos por la guerra déjanse sentir principalmente en el orden material, en tanto que el esfuerzo de continuada tensión representado por su sostenimiento y el ejercicio permanente á que da lugar, fomenta, desarrolla, proporciona la acción y empleo de los resortes morales más exquisitos y por ende el cultivo y manifestación de sentimientos altruistas y de virtudes heróicas reveladoras de una potencial psíquica admirable y hermosa.

¿Á dónde voy á parar? No es difícil adivinarlo. Por más que las revueltas bélicas, que constantemente se desarrollan en las naciones ibero-americanas, impriman terrible sello en el proceso de sus factores materiales; por más que estorben y aniquilen la producción y fomento de los veneros de la riqueza pública; por más que la representación del actualismo material y los desenvolvimientos normales de toda suerte de elementos sufran el perjuicio directo ó derivado de esas luchas armadas, no debe olvidarse que las tales contiendas originan las superiores manifestaciones psicológicas á que vengo aludiendo.

Tenemos, así pues, la gestación multiplicada de todas las virtudes latentes en nuestro grupo étnico, nunca extinguidas, sean cuales sean los países y latitudes en que florezca.

Concretaré. La prematura emancipación histórica, la imperfecta constitución política, los recelos excesivos que, si denotan como objeto aparente la libertad y autonomía, sólo responden á un sentimiento de individualismo nacional exagerado, han con-

(1) *La Sociedad Primitiva*, pág. 146 (Madrid, 1893).

vertido en un modo de ser permanente, la serie de colisiones constitutivas, cuyos efectos materiales deletéreos, apareciendo ya en una ya en otras comarcas, sirven á su vez para exteriorizar en todas la potencial psíquica tan exuberante y propia de nuestra raza.

Sí; es desconsolador que la ambición personal de un caudillo guerrillero, aunque animado de buenos deseos, ó la divergencia meramente particular de dos jefes de fracción, ó el antagonismo de dos grupos cualesquiera, fundado en cuestiones de escasa cuantía y totalmente ajenas á los intereses del país, llegue á arrastrar los hombres á la contienda armada ensangrentando durante algún tiempo su nación.

El hecho en sí acusa una inferioridad política á todas luces manifiesta; pero la medalla no carece de reverso. En nuestros países adelantados (desde el punto de vista político) nadie niega su admiración á una idea, aunque se halle muy distanciado de ella, cuando observa que tiene virtualidad suficiente para arrastrar las masas al combate. Pues bien; eso mismo estamos contemplando diariamente en las revueltas sud-americanas, no ya en obsequio de una idea, sino de un hombre, de una personalidad cualquiera más ó menos digna de semejante sacrificio. Y no se me replique que la gran masa de los partidarios combatientes se reclutan entre las masas ignorantes, porque, además de que eso no destruye los argumentos generales, no puede ocultarse á nadie que entre los jefes, oficiales y caudillos de todo linaje abundarán personas de no común instrucción, las cuales exponen su vida no menos que las otras, ni tampoco con menor dosis de entusiasmo. Eso último, *el entusiasmo* llevado á un extremo artificioso si se quiere, pero no menos real, constituye el primero é indispensable resorte de aquellas empresas; *el entusiasmo* de que tanta falta se nota en nuestras excépticas naciones de la vieja Europa, incapaces ya de reanimarse por nada ni por nadie. Y ese entusiasmo aquí tan escaso, allí se derrocha v se malgasta en asuntos que apenas lo requieren, se lleva al mo grado de exaltación, exponiendo y jugándose la vida y talizándose bajo las diversas formas de «adhesión», «abn ción» y «sacrificio» con su cortejo obligado de privacio



pruebas, sufrimiento, etc., etc. ¿Y luego? ¿Es menos cierto que, según el testimonio apuntado de autores eminentes, á la sombra y amparo de la función guerrera, surgen la «generosidad», el «desprecio de los bienes materiales», el «valor» y el «heroismo» hasta el «conocimiento de los hombres», la «hidalguía» y «nobleza», el «ejercicio del mando» y, sobre todo, la «ambición pura», la ambición de honores, la embriaguez de gloria, y no el vil hartazgo de oro y riquezas?..... Los pueblos que tal hacen, los pueblos que así proceden, los pueblos que descuidan y desprecian sus mejoras materiales, exponiendo en cambio las vidas y haciendas de sus hijos en las colisiones frecuentes, que sólo obedecen á los móviles de entusiasmo personal ó del amor de la gloria, anteponiendo á todo la aspiración de dejar un rastro, siquier sea modesto, en las páginas históricas: esos pueblos estarán hoy, confiésolo sin duda, en plena indigencia, podrán ser compadecidos á primera vista; pero no, no cabrá de ningún modo negárseme que poseen enormes fuerzas latentes, viéndoselas resurgir por los variados cráteres de los acaecimientos al modo y manera que el subsuelo de los territorios volcánicos, constantemente agitado por las fuerzas interiores, engendra las manifestaciones de múltiples fenómenos seísmicos. Las naciones americanas de origen ibero disponen cabalmente de los resortes morales que tanto echamos de menos en Europa, que tanto escasean en los Estados Unidos, y acaso esa superabundancia de potencial psicológica es la que produce con sus fatales desahogos la situación de guerra perenne que venimos deplorando.

Para resumir y terminar este punto: las incesantes revueltas armadas, de que son víctimas esas naciones hijas nuestras, patentizan una vez más su imperfección política y por ende su emancipación prematura; pero al propio tiempo acusan la existencia abundosa de sentimientos levantados, de anhelos de gloria, de ímpetus valientes que encierran el germen de un porvenir espléndido, haciendo presagiar futuros días de arrogante historia, cuando los desbordamientos de lo que hoy constituye su dinamismo potencial, debidamente encauzado, se transforme en actuación total y efectiva.

VI.

En todo lo que hasta aquí va dicho no he discurrido sobre el *porvenir*, sino entresacando los datos del *presente* y del *pasado*, que hubieran de contribuir á fijar el futuro. Sin embargo, veo llegado el momento, en el cual es forzoso decir algo acerca del desarrollo probable de los acontecimientos venideros.

Sucede en los núcleos políticos, históricos ó sociológicos una cosa parecida á la que se verifica en las formaciones cósmicas; en ellas, los centros de atracción que se condensan más brevemente, en comparación de otros, se enfrían también con mayor rapidez, y en resolución, ofrecen todo el proceso de su vitalidad sumamente adelantado, con respecto á los otros susodichos núcleos ó centros de atracción que, por cualquier motivo físico ó mecánico, han presentado más lentitud en el desarrollo de sus fases cosmogónicas. Así, pongo por caso, partiendo de las teorías de Laplace y apoyándose en los estudios geológicos observados en nuestro esferóide, hay motivos para conjeturar que los mundos planetarios, en los que surgió primeramente la vida orgánica, y ésta se ha desenvuelto más pronto que en el nuestro, se hallan hoy decrépitos ó desprovistos de vida; y notaríamos en cambio que los que han tardado más, y en algunos quizás no se ha presentado, tienen también delante, no sólo un período más lejano en absoluto, sino aun comparativamente mucho más extenso. De tal manera, si la Luna, verbigracia, es hoy un astro muerto, ó al menos un astro en el cual faltan las manifestaciones de la vida orgánica, como nosotros la entendemos, el Sol constituye un mundo, el cual todavía no ha comenzado á vivir, siempre manteniéndonos en el propio concepto y sin que pueda reprocharse nada á semejantes teorías, pues las vemos reconocidas y aceptadas en la última reciente obra del Cardenal González (1). Aceptando el símil veremos que las condensaciones políticas son tanto más efímeras, tanto más débiles, aunque las

(1) *La Biblia y la Ciencia,* tomo I, pág. 279 y siguientes.

veamos muy aparatosas, cuanto más rápido y sorprendente sea su crecimiento y desarrollo, cuanto más esplendorosa é improvisada sea su organización y viabilidad. A la inversa, en historia y en política lo mismo que en cosmogonia, los núcleos de formación más pausada y difícil son los que á la postre adquieren más solidez y mejores garantías de vida; son los que, habiendo templado su organismo funcional mediante sucesivas pruebas más ó menos duras, llegan á cimentar sus entidades orgánicas, con toda la solidez adecuada para ejercer verdadero y real influjo en la ecuación histórica de la humanidad. Y es tan cierto eso que, sin gran trabajo y contrayéndome á nuestra patria, podría determinar más de un ejemplo, que, no obstante, ahorro sacrificándolo á la brevedad cada instante más precisa en este trabajo.

Al emanciparse las colonias inglesas tuvieron el sentido práctico, ó si se quiere la intuición política, de confederarse en una especie de agrupación casi nacional, conservándola hasta nuestros días. Reparemos que esa situación cuenta, en primer lugar, con lo que pudiéramos llamar INERCIA POLÍTICA, porque, exceptuando la «guerra de secesión», no se ha encontrado enfrente de ninguna fuerza rápida capáz de destruir inesperadamente el estado de cosas anterior. Los Estados Unidos, aislados geográficamente entre dos grandes mares, sin abrigar recelos por las comarcas vecinas del Norte, que no se hallan en situación política de inspirárselos, presumiendo otro tanto en lo que concierne á la hermosa nación meridional confinante, habiendo logrado hasta el presente apartar los tropiezos que encontraron en su camino, con esfuerzos tan pequeños como los representados por los episodios de Tejas y la Florida, contemplándose todavía lo suficientemente lejos de Europa para la inminencia del choque que ya se adivina en la esfera científica (1) representan un caso que sin cometer impropiedad he calificado como de equilibrio instable dentro de la estática política. ¿Debe imaginarse la prolongación absoluta de ese estado de cosas? ¿Cuál será el factor suficientemente poderoso encargado de interrumpirlo?

---

(1) La oposición fatal y futura entre Europa y América se halla hermosamente predicha por Gumplowicz, *Lucha de razas,* páginas 460 á 61.

Respecto á la primera pregunta no caben vacilaciones. Es delirio suponer la prolongación indefinida ni aun siquiera continuada fuera de ciertos límites modestos de aquel equilibrio político favorecido por la inercia histórica. En lo que concierne á la parte segunda de la cuestión, es bien difícil aventurar indicaciones muy asistidas por los argumentos de probabilidad más ó menos mediata. Aun cuando Europa se va percatando de la necesidad de oponerse á las pretensiones absorbentes aducidas por la potencia que quiere abrogarse la representación total de la América, no se halla con todo el conflicto bastante adelantado, pues si se vislumbra, ó mejor, se adivina, no se han acumulado elementos concretos bastantes para plantear el problema. Conviene no olvidar que, á pesar de los últimos adelantos de la industria y de la navegación, los dos Continentes se encuentran aún demasiado separados; además que el Viejo Mundo tiene embargada su atención en una serie de problemas políticos y sociológicos que pudiéramos decir son «de orden interior del continente», los cuales no le permitirán por ahora dedicar su atención fácilmente al otro. Cierto que la probabilidad y simpatía que cuidadosamente cultivan los yankees en la colonia septentrional del imperio británico «El Canadá», no responde muy satisfactoriamente á sus anhelos, si se ha de juzgar por demostraciones bien recientes. La tentativa de fomentar el territorio de Alaska, quizás para estrechar en una especie de envolvente geográfica el aludido «Canadá» tampoco se ha visto coronada por el éxito; pero con eso y con todo, la superioridad territorial numérica y material de los Estados de la Unión, continúa demasiado manifiesta para que no pueda estimarse prudencial la inminencia del empuje por ese lado.

Por último, en la vecindad meridional ya he dicho que se presumen tan libres de recelos como en el Norte. Empero, no ya por lo que me suministra mi intuición puramente personal, sino por algunos otros razonamientos que no tardaré en exponer, me atrevo á profetizar que por esa parte del Mediodía repitiendo una conocidísima frase, «por donde viene la muert
Por cierto que no he querido aludir á los factores descompor
tes que procedan del interior en la gran República, y no ha

porque no existan en absoluto, sino porque discurriendo con la imparcialidad que me he propuesto no debo, hoy por hoy, otorgarles la consideración de factores exclusivos; mas tampoco convendría olvidar completamente su existencia, porque en el punto y hora de la conflagración lograrían adicionar su eficacia directa ó indirecta, con la ejercida por los elementos determinantes. Y no se piense, como ya otras veces he indicado, que trato de fantasear, no; esos factores internos existen, por ejemplo, en la ***enemiga***, no enteramente apagada de los *Estados del Sur;* en la diversidad de procedencias nacionales, y por ende diversidad de caractéres, de aspiraciones, de sentimientos y hasta de ideales en ciertos territorios, que sólo forzadamente se ven incluídos en el pabellón estrellado; y últimamente, en la formidable cuestión social, que allí representa un movimiento más terrible que en ninguna otra parte, pues las naciones europeas cuentan para contrarrestarlo con los efluvios del patriotismo, casi desconocido, ó por lo menos entendido de distinta manera, en la República de la Unión.

Volvamos la vista á las naciones hispano-americanas, y convendremos en que la señal, el síntoma satisfactorio que hemos deducido de la abundancia de sus guerras, dejaría de ser tal si el período de disturbios continuase indefinidamente. No hay que temer tal cosa. Ya Gumplowicz lo dice muy expresivamente..... (1) «cuando dos comunidades étnicas y sociales se reconocen como de un linaje igual se verifica siempre una alianza». No se piense que estoy reducido á esa sola cita, pero me parece bastante concluyente para necesitar reforzarla. La alianza, la federación vendrá, como vendrá el sosiego y el apaciguamiento de las aficiones guerreras, que tanto se derrochan hoy. Entonces, á poco que reflexionen las repúblicas sud-americanas, habrán de convenir en que un alto sentido político dictó la frase siguiente del Sr. Pí y Margall, «Derribar y no levantar vallas debe ser el fin de la política» (2), por lo menos me permito añadir, en cuanto se refiera á pueblos de un mismo origen étnico y de

(1) Véase *Lucha de razas*, pág. 222.
(2) *Las Nacionalidades*, pág. 78.

una misma familia. Por otra parte, uno de los riesgos que corren nuestros actualismos políticos consiste en el malestar engendrado por la no resolución de los problemas sociales, y precisamente por este camino también se va á parar á las grandes confederaciones. «La federación—dice Novicow—es el verdadero remedio á los males de nuestras sociedades» (1). Es claro que la federación universal constituiría algo así como un término ideal del problema; pero no es cuerdo entregarnos á exagerados delirios, y basta, á mi ver, con que nos detengamos en los términos de aproximación posible de los grupos que tienen condiciones de mancomunidad en su origen, lengua, costumbres y sobre todo y principalmente *sentimientos*. Esta última condicional, tan censurada y rechazada hace poco, va recobrando su preeminencia, en concepto de los más eminentes políticos y filósofos modernos. El mismo Novicow antes citado, en otra de sus obras más recientes se expresa así (2): «El sentimiento es la »más elevada manifestación del alma humana; es el punto culmi»nante de nuestra actividad física; el motor principal de todas »nuestras acciones. Todo procede de él y todo converge ha»cia él..... »

Tiempo era ya, de que se nos hiciese justicia resaltando el exquisito valor de los grandes grupos étnicos que gozamos la superabundancia de ese factor, tanto más cuanto que constituyera hasta hoy un delito ó una rémora de perfección social. Fácil es percatarse así, que la preponderancia futura americana, se halla prometida al conjunto político que posee abundantemente esa cualidad exquisita, y que dispondrá de la fuerza cuando el equilibrio, tantas veces suspirado, reconcentre y utilice esas energías, que hoy se derrochan, proyectando fructuosamente sus aplicaciones, mediante un singenismo federativo, donde lo requieran las grandes luchas del futuro.

Concluyamos, que ya va siendo hora de poner coto á estos esbozos, tan hondamente sentidos como medianamente presentados.

(1) *Les gaspillages*, pág. 300.

(2) *Les luttes entre sociétés humaines*, pág. 56.



En términos generales, se barrunta, sin más que lo dicho, el advenimiento inicial de la federación ibero-americana; así no parecerá extraño que al referirme á los confines de los Estados Unidos con México me atreviese á aventurar que *por aquella parte* sería posiblemente donde se produjese la explosión. Y á las múltiples consideraciones que estoy viendo acudir á la mente de mis lectores, debo añadir la honda é incurable herida que aún sienten los mexicanos por la pérdida de California. Es de tal profundidad que su participación en la lucha representaría, no sólo la porción alícuota de la raza confederada, sino un desquite de personales agravios, llamando aquí personal al concepto de nación.

Indicado muy á la ligera el aspecto y significación de los brillantes panoramas que desde el punto de vista industrial y material ofrecen hoy los Estados Unidos; analizada también con términos someros la casi constante agitación que impera en las naciones americanas de origen hispano, así como los fatales efectos que produce en el presente; pero los notables y exquisitos factores que para el futuro permite vislumbrar mediante la conversión de lo que hoy es *dinamismo potencial* en *energías actuantes;* y explicada, siempre con la brevedad perentoria, la necesidad de un singenismo federativo que surgirá en oposición y equilibrio al que ya patentiza el grupo anglo-sajón (1), y confiando al buen juicio de mis compatriotas de raza el lento pero seguro desarrollo de semejante proceso, tan preciso como venturoso, no puedo concluir sin dedicar unas cuantas palabras al papel importante que en esa función nos corresponde, que nos está reservado por juro de heredad, supuesta nuestra condición de progenitores de las componentes nacionalidades; y en concepto de tal, especie de tradición común que las sirve de vértice, asignándonos la imágen representativa que ofrece el eje de cristalización, el núcleo, el centro atractivo de la evolución singenética.

---

(1) No me canso de recomendar para el estudio de esos sentimientos instintivos, de estas uniones, de estas amalgamas, la obra de Gumplowicz en los capítulos XXXVII, XXXVIII y XXXIX.

Todo concurre á señalarnos ese papel futuro tan brillante, moralmente hablando, como desprovisto de toda suerte de interés material. Importa mucho que no se aparte esa consideración de la conciencia de nuestros hombres de Estado presentes y futuros, porque prescindiendo del desdichado episodio de la guerra actual, cuya pronta terminación unánimemente deseamos todos, es fácil observar que aquellos pueblos borran de día en día sus injustificados enconos y retrotraen sus cariñosos recuerdos á las páginas de nutrida gloria que les hemos legado, á los factores espirituales que recibieron de nosotros, de los cuales tanto se envanecen, y, por fin, de los antecesores literarios cuyas huellas orgullosamente siguen, como si se hubieran propuesto consagrar aquellos versos del Duque de Frías (1):

«Al arrojar el áncora pesada
en las playas de antípodas distantes,
verá la Cruz del Gólgota plantada
y escuchará la lengua de Cervantes.
....
..............................»

Pensando en América debemos descartar, pues, toda clase de engrandecimiento material que podremos buscar y encontrar en otra parte del mundo; pero en cambio, sirviéndonos de fiador ese nuestro propio desinterés, no me cansaré de repetir cuán maravillosas etapas recorrerá nuestra influencia creciente, hasta erguirse como cabeza visible y tradicional de esa poderosa amalgama de pueblos, hijos nuestros, muy capaces, no ya de ejercer la hegemonia americana con pleno derecho, sino de extender y dilatar esa propia influencia hispana, ibera y latina por todos los ámbitos del universo civilizado.

Señores: es tal la fé que tengo en el porvenir de nuestra raza, en su virtualidad plástica moral, que no considerándome digno de cerrar esta conferencia con frases mías, me permitireis tomarlas del más poeta de nuestros prosistas, el Sr. Castelar (2).

(1) Oda *A las Nobles Artes.*
(2) *Cuestiones políticas y sociales.*

«América (1) está pidiendo á nuestra voz y á nuestra pala-
»bra que representemos sus derechos en los Consejos de Eu-
»ropa.

»América no nos quiere cuando aparecemos á sus ojos como »restauradores de instituciones que allí son imposibles, ó pre»tendiendo negar sucesos y encadenamientos providenciales; »pero nos bendice, cuando aparecemos ante sus ojos, como her»manos é hijos de la misma raza, como nobles continuadores »por la libertad y la fraternidad de su antigua civilización es»pañola.»

He concluído.

---

(1) Es claro, que con la palabra América se alude exclusivamente aquí, á la porción continental hija nuestra.

CONCLUSIÓN

Aun siendo yo uno de los poquísimos españoles que no han recibido sorpresa con la determinación de las Cámaras de los Estados Unidos en la cuestión de la beligerancia cubana, aun siendo este incidente uno de los menos adecuados para arrancar de él los efectos que en este trabajo se indican, lo que se comprende fácilmente reparando que ha sido el terreno escogido para plantear el problema; á pesar, por último, de que el movimiento singenético no ha descendido todavía de la esfera teórica; y á despecho de otras circunstancias de menor cuantía, la iniciativa de concentración, la convergencia de las nacionalidades iberas hacia España, se ha evidenciado mucho más de lo que yo presumía y también con mayor rapidez y espontaneidad.

El Presidente de la República de Venezuela en su reciente mensaje, los últimos actos de previsión ó simpatía verificados, en México y la existencia de análogas ó parecidas manifestaciones en otros países respondiendo á la transcendencia de la determinación de los yankees, denotan claramente: *primero, que no se trataba de fantasías teóricas cuando se vislumbra la pretensión preponderante de los Estados Unidos y el antagonismo que á su vez engendraría esto en Europa; segundo, que las potencias europeas, por más que se han percatado de la urgente necesidad de oponerse á dicha preponderancia, no se encuentran hoy en suficientes condiciones de madurez y desahogo para llegar al terreno de los hechos; y tercero, que las naciones sudamericanas, á trueque de todos los inconvenientes señalados en el párrafo anterior, han sentido la precisión urgente de plantar los primeros jalones en el camino de la amalgama ibera, indispensable si ha de contrarrestar la anglo-sajona, y como primer síntoma revelador han convertido sus ojos hacia la gran nación que las engendrara, pensando instintivamente ó conscientemen-*

te que ella y solo ella puede servir como eje de cristalización en ese salvador movimiento.

Ahora bien, ya que la evolución histórica presentase en los términos más favorables y preparados que pudieran desearse, es preciso no olvidar el juicioso papel que á nosotros nos compete. Nuestra dominación material en América ha terminado, y es delirio contraproducente el obstinarse en recobrar un solo átomo de ella. En cambio, no me cansaré de repetirlo: ofrécesenos allí hermoso porvenir de influencia moral, al cabo y al fin verdaderamente fecunda para todos los intereses y fuerzas vivas de la nación. No perdamos de vista semejante inspiración y evítense por *todos*, cuantos dichos y hechos sirvan para perjudicarla. Ahorren nuestros gobernantes y nuestros hombres de Estado actos y expresiones del linaje de las que se han atribuído recientemente al actual Presidente del Consejo de Ministros (1), (y entre paréntesis quiero rendir el tributo debido á su

(1) En los últimos días del mando del General Martínez Campos en Cuba, agitóse la especie del planteamiento de las reformas políticas. Interrogado el señor Presidente del Consejo de Ministros dicen que contestó que á *la guerra se responde con la guerra*..... En lugar de comentar por mi cuenta, toda vez que ni la ocasión ni el sitio es á propósito para ello, voy á reproducir lo que leí casualmente en un artículo que publicaba *El Día* del 6 de Enero de este año:

«En los periódicos de ayer se dice que, interrogado el Presidente del Consejo, Sr. Cánovas, sobre la posibilidad de llevar en plazo breve las *Reformas* á Cuba, contestó que «la guerra se responde con la guerra.» Muy bonito; como frase no está mal, y ya se sabe cuán fácil les será decir eso mismo á todos sus colegas, que, exceptuando los de Guerra y Marina, no conocen más guerra que los dibujos de las *Ilustraciones*, y, si no estoy mal informado, ni aun siquiera tienen en campaña ningun pariente ó allegado próximo; pero lo que no ha podido menos de admirarme es que el Sr. Cánovas, que *se lo sabe todo*, según dicen sus admiradores, *no sepa* el alcance de esa frase; mejor dicho *no sepa* cómo se hace la guerra; pues si entiende que la guerra es tan sólo la acción de las armas, está muy equivocado, y ya podría darse un paseito desde Napoleón hasta Marselli, observando que la mitad del arte de la guerra, y por ende del efecto de la ejecución de la guerra, es la «política de la guerra»; y si lo sabe, y á pesar de eso lo dijo, creyó sin duda que los demás estamos en Bábia, ó no entendió lo que le preguntaban, ó creyó que no íbamos á entender la respuesta.

»Esas cosas no se dicen, Sr. Cánovas; porque, devolviéndole el argumento, pudieran habérselo repetido, si bien en concepto politico, aquellos elementos á quienes hizo tan cruda guerra en la cuestión de las reformas.—*P.*»

mérito de no creerla). La prensa, cuyo poder sobre la opinión es hoy indiscutible, suprima igualmente mal aconsejadas ligerezas por el estilo del artículo del *Heraldo* del día 19 de Marzo (1), ó el descubrimiento de *El Imparcial* en el artículo del 20, sentando un principio (2) que hace mucho tiempo ha debido predicar, porque es incontrovertible y porque periódicos tan sensatos, tan bien escritos, y que tanta importancia y significación tienen, se hallan obligados también á no dejarse arrastrar por las impresiones de brocha gorda, á descender un tanto en el análisis de los hechos, y á propagar cuantas ideas consecuentes arrojen esos exámenes, tomando por norte y guía la que debe servirnos á todos, con arreglo á nuestras fuerzas respectivas, la que se halla encerrada en la frase latina preferible á la castellana, por la amplitud severa que manifiesta,

PRO PATRIA.



(1) En el *Heraldo* del 19 de Marzo aparece un artículo titulado *Fusiles, no reformas*, en cuyo fondo no quiero entrar, por más que se presta mucho á ello, pero atendiendo sólo al epígrafe, salta á la vista cuán desacertada actitud es esa de los criterios cerrados y absolutos en cuestiones que distan mucho de hallarse muy claras y desenvueltas, máxime si los susodichos criterios y frases terminantes se lanzan por órganos que pretenden (con justicia, esa es la verdad) ejercer gran influjo en la opinión, pero que por lo mismo deben pesar mucho todas sus palabras y acciones, sopena de incurrir en grave responsabilidad moral.

(2) El artículo de *El Imparcial* de dicho día titulábase «Oportunidad», y á vuelta de examinar semejante condición en cuanto atañe á la cuestión de Cuba, establecía el principio de *que las guerras civiles de nuestra raza* (y *de todas* las razas, amigo mío, *de todas*, como se demuestra dándose un paseito por la historia) *no se concluyen por la mera acción militar*. ¡Verdad elocuente! Pero ya que habla en nombre de *la oportunidad*, quizá no fuera este el instante más propio para recordarlo cuando tanto se le ha olvidado antes. En cambio si antes y siempre se hubiera señalado su existencia, ni la opinión hubiese sufrido alguno que otro descarrilamiento, ni lo hubiese perdido de vista, ni fuera menester hoy recordárselo. Por fortuna, aún creo que es tiempo, pero no hay que olvidar lo que dejo dicho arriba.

ÍNDICE

Páginas.

ESTUDIOS MILITARES

Se publica la revista dos veces al mes en cuadernos de 32 ó más páginas, con los planos, láminas y grabados que el texto requiera.

Acompañan á cada número un pliego de *biblioteca*; *La Illustrazione Militare Italiana* solamente se repartirá con la *edición internacional* á los suscriptores de los Ejércitos de la Península y los de las posesiones españolas de Ultramar.

Los doce números de cada semestre formaran un elegante tomo de más de 400 páginas, y los dos tomos del año podrán encuadernarse juntos con las elegantes tapas que tiene esta revista.

El plazo mínimo de suscripción será de *seis meses*, pagaderos en plazos trimestrales adelantados. Las clases de tropa podrán cubrir sus cuotas remitiendo mensualmente 0'50 pesetas.

Todo suscriptor tiene derecho á elegir en la parte extranjera de la *Revista de la prensa* el artículo que le convenga conocer en español, cualquiera que sea el idioma en que esté publicado.

Los artículos que se remitan para su publicación deberán ir firmados por sus autores, que responden de su contenido. La revista se reserva el derecho de publicarlos ó no, y en el primer caso los autores manifestarán si quieren que se haga una impresión separada de sus trabajos, de la que se pondrán á su disposición, gratis, 100 ejemplares: para mayor tirada los interesados abonarán el importe.

No se da de baja á ningún suscriptor, ni se varía la dirección, sin previo aviso.

Las reclamaciones de números deberán hacerse en el término de un mes en la Península y tres en Ultramar, á contar de la fecha de su publicación.

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN

	Edición internacional.			Edición económica.	
	Trimestre	Semestre.	Año.	Semestre.	Año.
Península é islas adyacentes.....	4 ptas.	8 ptas.	16 ptas.	3 ptas.	6 ptas.
Extranjero (países de la Unión postal)......................	» »	10 »	20 »	» »	8 »
Ultramar......................	Fijarán los precios los corresponsales.				
Tapas para la encuadernación...	1'25 ptas.			1'25 ptas.	

Toda la correspondencia debe ser dirigida á **D. Casto Barbasán**, *Escuela Superior de Guerra*, Madrid.

